

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Ortega, bisagra entre el viejo y el nuevo mundo.

Horacio Daniel Bonelli.

Cita:

Horacio Daniel Bonelli (2005). *Ortega, bisagra entre el viejo y el nuevo mundo. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/549>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Ortega, bisagra entre el viejo y el nuevo mundo

Bonelli Horacio Daniel

Nuestro trabajo tiene por objeto evaluar de manera preliminar y provisoria algunas visiones que José Ortega y Gasset (en lo sucesivo, Ortega) tuvo en la primera mitad de la segunda década del siglo XX en cuanto a la circunstancia Española. Qué papel jugó en las mismas la formación germana de Ortega y, a un tiempo, cómo dichas visiones actuaron al momento en que nuestro autor arrojó cierta luz en la intrincada realidad, sobre todo política, Argentina.

Nuestra hipótesis de trabajo es que, más allá del posible ejercicio por parte de Ortega del realismo histórico, analizó dichas realidades históricas desde una filosofía que le fue propia y, por ello, implicó una misma matriz de problemas y respuestas al momento de adentrarse en realidades concretas, disímiles y distantes geográficamente. Resaltando que Ortega, como otros hombres del "14, renunciaron a ciertos mecanismos útiles y necesarios para transiciones y acuerdos políticos a veces imperativos en escenario tan dilatados y complejos como los nacionales. Y, a un tiempo, las dilatadas "exigencias" que Ortega propuso a los jóvenes argentinos que, a la sazón, resultaron "excesivas". Ambas cuestiones, creemos, cooperan en el entendimiento que "hoy" podemos tener de la proclive actitud de Ortega por encontrar la mayor parte de los infortunios nacionales y sus resoluciones en el ámbito de la cultura. Otorgándole un valor secundario a las problemáticas y respuestas que puedan surgir de otros ámbitos del conocimiento y, de hecho, desentendiéndose en gran medida en el conjunto de su obra de esos "otros" campos de estudio: la política, la economía y la diplomacia.

El trabajo lo hemos llevado adelante, principal aunque no excluyentemente, como una suerte de interpretación cruzada entre lo escrito por Ortega en el diario argentino La Nación en la primera mitad de la segunda década del siglo XX y los análisis más rigurosos que del pensamiento de Ortega vienen realizándose desde los setenta hasta la actualidad. Participando del "fenómeno Ortega" estudiosos españoles y extranjeros que han ubicado en

sitio más conveniente (sin loas, improprios o descalificaciones) la figura del filósofo madrileño: Ferrater Mora (1973), Bayón (1972), Silver (1978), Orringer (1979 y 1984), Giner (1979), Cerezo Galán (1984), Garagorri (1985), etc. Volviéndose imprescindibles los estudios comparativos de las obras de Ortega con las producciones de otros filósofos, sobre todo alemanes. Hablando lo que por algún tiempo se intentó silenciar en aras de un Ortega original y creador, postura expuesta y defendida por Julián Marías y los miembros de lo que se llamo la “Escuela de Madrid”, dando por poco menos que la verdad lo escrito por el celtíbero.

Antes de comenzar el quehacer histórico expresemos cierta certeza en la que ahondaremos más adelante. Al momento de explicar las circunstancias históricas, sus dificultades y posibles soluciones, Ortega da cátedra de moderación y proposiciones demasiadas genéricas que nos impiden, en más de un punto, descifrar más o menos con precisión lo deseado por Ortega.

Selección de problemáticas y soluciones.

En ésta primera parte expondremos dos casos de visiones reiterativas y frecuentes que Ortega tuvo de la circunstancia española en las primeras décadas del siglo XX, el influjo que el aprendizaje alemán tuvo en ellas y, posteriormente, cómo esa matriz de análisis se aplicó a la circunstancia argentina. Evitaremos, en tanto no nos parezca imprescindible, aspectos biográficos de Ortega, no porque ellos no expliquen conductas y procedimientos intelectivos de nuestro autor, todo lo contrario, sino porque preferimos dedicarnos, sobre todo, al objetivo de éste trabajo en los términos indicados. Agréguese, por lo demás, el relevante e ingente material disponible en cuanto a la vida de Ortega, improbable de ser abordado desde éstas páginas con alguna pretensión de integridad y cierto valor de magnitud.

Los infortunios por los que España transitaba desde finales del siglo XIX a inicios del XX son conocidos: atraso técnico y económico, un país redondamente agrario, ausencia de una revolución burguesa, extendido analfabetismo, déficit alimentarios (cuando no rotundas hambrunas), déficit edilicios, exigencias regionales, pronunciamientos militares, inestabilidad

política (de gobernabilidad), etc. En fin, un abismo insalvable entre la España oficial e institucional y la realidad diaria o, en términos de Ortega, la España vital. Esa circunstancia hispánica albergaba a Ortega.

Primer caso.

¿En qué se detiene Ortega? Como señalo Cerezo “nada hay tan claro para el joven Ortega como que la recuperación histórica de España, poniéndola al nivel europeo, pasaba necesariamente por el orden de la cultura. Europeización no significaba otra cosa, al menos en un principio, que culturización. El problema de España estaba planteado en términos culturales” (1). El problema, España. El remedio, Europa. La forma, una educación de alto nivel que pudiera impulsar a España fuera de la indigencia. Quietud y aislamiento asfixiante paralizaban a España, debía integrarse a Europa. Dicha intelección no es producto de Ortega, así sin más, contrariamente se trató de una preocupación compartida por los hombres de la generación del “98 (2). Pero en el caso de Ortega estamos en condiciones de rastrear dicha posición. Ortega realiza en *España Invertebrada* un análisis sociológico-histórico sobre la realidad de España. Levanta la voz contra el corsé cultural y anuncia una pedagogía cuya meta sea la vida creadora. La vida espontánea debe producir “unos hombres de tonalidad ascendente” (3) capaces de dar contenido vital a una época. Incluso Ortega divisa, en época tan temprana como 1922, que los problemas españoles que él ha analizado quizá no sean exclusivos de esos pagos, sino que se vislumbran allende los Pirineos. Agreguemos que incluso advertirá algunos de sus peligros allende el Atlántico. Pero no es el momento, recién siete u ocho años más tarde dichas intuiciones adquirirán el formato textual, convirtiéndose en el núcleo fundamental de su obra más difundida: *La rebelión de las masas*.

En efecto, la idea de que la cultura es el remedio para los males de España y que la forma de vehicularla es la educación denota el influjo del pedagogo Pestalozzi a través de Natorp. Éste inicia sus investigaciones en la psicología y en la pedagogía social, ejerciendo una rápida influencia en su discípulo Ortega. Quién estudio ambas materias con Natorp durante los años 1906-07 en Alemania. Para 1910, de regreso en el terruño español, Ortega

pronuncia en Bilbao la conferencia: “La pedagogía social como programa político”, lanzando a sus oyentes un programa pedagógico-moral que está bajo los auspicios de las teorías natorpianas. Dicho proyecto abarco, por lo demás, desde la fundación en 1913, con la colaboración de un centenar de intelectuales como Azaña, de la “Liga de Educación Política Española” donde Ortega en el Teatro de la Comedia pronuncio el célebre discurso con que critico enérgicamente a los “viejos” políticos - Canovas, Sagasta, Maura, Ramanones- y propuso una “nueva” política que sería la expresión de una España “vital” frente a la España “oficial”. Siendo el órgano de la Liga el semanario *España*. Hasta la ingente cantidad de espacios de prensa escrita, revistas especializadas, ámbitos literarios, conferencias y cátedras universitarias en las que Ortega participo y llevo adelante aquello que aprendió fuera de la península.

Volvamos, mencionábamos la influencia de Natorp, éste sostenía que el hombre particular sólo tenía sentido dentro y por referencia a esa sociedad en la que se integra. “El individuo aislado no puede ser hombre, el individuo humano, separado de la sociedad –ha dicho Natorp- no existe, es una abstracción [...] el individuo suelto, señero, absolutamente solitario, es el átomo social. Solo existe real y concretamente la comunidad, la muchedumbre de individuos influyéndose mutuamente” (4). En dicho punto detengámonos un momento, Orringer es tajante al decir que “[...] sin Natorp, Ortega no hubiese llegado tan tempranamente como en 1914 a la revelación principal de su carrera: la idea de la vida humana como un absoluto concreto, como una correlación del yo y la circunstancia” (5). En efecto, en *Meditaciones del Quijote* ofrece Ortega la teoría de la circunstancialidad, la idea de que la vida humana es el resultado de la constante relación entre el yo y la circunstancia. “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”. Digamos, antes de continuar por otros derroteros, que el filósofo alemán se carteaba con Husserl en tanto amigos y académicos que compartían sus producciones y estaba al corriente de lo producido por Bergson y Dilthey (escapando del férreo marco neokantiano). A su vez Ortega se carteaba con su maestro Natorp, que hacía de puente con las obras de los antes mencionados.

Pero la idea de que la solución para la mayor parte de los infortunios que aquejan a los pueblos, en éste caso a España, se encuentra en la cultura

implica también la intervención de Cohen. La figura más representativa de la escuela neokantiana de Marburgo. Piensa éste que la filosofía es un saber que se basa en la ciencia. Cree que desde un prisma filosófico se puede considerar el conjunto de la cultura, englobando a la ciencia natural como la física y la matemática.

Dice Osés Gorraiz: "...podríamos decir que Ortega supera a sus maestros conservando lo mejor de la fenomenología y lo mejor del neokantismo" (6).

Vimos hasta aquí una de las visiones que Ortega tuvo de España y la influencia de los educadores alemanes en la forma en que nuestro autor se adentró en las problemáticas ibéricas, la forma en que identificó los problemas y soluciones de la península e, incluso, cómo afectó el saber germánico al madrileño en los momentos en que fue definiendo parte sustancial de su sociología. De los términos que la constituyeron, como de las continuas exégesis semánticas para advertir, en cada período, sus precisos significados. Pasemos ahora a identificar los problemas y soluciones (visiones diríamos) que Ortega advirtió de la Argentina. Y, de paso, preguntémosnos: ¿se evidencia la misma matriz de análisis? O, como podría esperarse, Ortega tuvo presente la teoría del relativismo científico con sus hincapiés en las divergencias culturales. No es el caso, Ortega entendía la Argentina a su manera y lo afirmó en 1939 ante el presidente de la Nación: "La España que la Argentina fue, perdura pues quiérase o no, en el fondo más soterrado de vuestro ser y sigue allí tácita, operando sus secretas químicas". Argumentaba Ortega que vivió de espaldas a España durante cien años apartándose de su cultura para seguir el afrancesamiento de moda. Sin embargo, en la curva irreversible de la historia, allí aguardaba la lengua española, su cultura administrativa y legal, un modo de ser hispano que no podía ser amputado o descuartizado. A pesar de la era aluvional el Estado argentino era remanente de la colonia española.

Los problemas que Ortega identifica en Argentina podemos roturarlos, la mayor parte de ellos, dentro de la órbita de la cultura. Lo mismo ocurre con las soluciones. Veámoslo. Desde 1916 hasta el 42 Ortega pondrá el dedo en la llaga. Afirmará en su segundo viaje en 1928 cuestiones expuestas antes y que luego machacará: "Yo he visto que hoy el problema más sustantivo de la existencia de la Argentina es su reforma moral". Aclarando que no entiende por

moral tan sólo la contraposición moral-inmoral, sino una cuestión de destino, como se es inexorablemente como individuo, o como pueblo colectivamente. Agréguese un Estado autoritario e hipertrófico, una sociedad dominada por un aluvión inmigratorio ansioso por lucrar y una burocracia estatal ineficiente. Y si Ortega no dejaba, de momento, de creer en las posibilidades de la Argentina, con un espléndido porvenir y un futuro imperial. Lo cierto es que, al mismo tiempo, ese destino podría no llegar nunca sino se apostaba a la ciencia y a la tecnología. Una vez más, entonces, la solución era la cultura a través de la alta educación. Proponía para la Argentina la existencia de un Estado potencia, unificador, igual al que tuvo la España bajo los Reyes Católicos. Los ríos de inmigrantes sólo podrían cohesionarse en un Estado con talento socializador donde los usos más que los abusos importen en la gestión futura a realizar. En su artículo del 25 de marzo de 1923 en La Nación Ortega deja clara conciencia que para el argentino el horizonte comprendía no al indio sino a aquel inmigrante analfabeto a quien debía educar en sus universidades. No resultaba Ortega en más de una ocasión hombre simpático a los ojos de los lectores del citado periódico, hombres del ganado y el cereal, dueños absolutos del liberalismo económico porteño o provincial. A ellos en parte les decía Ortega en un banquete social del "16 que, sin vacas Dirham y trigo no habría ciencia en Argentina. A ellos les advierte que no es lo "útil", lo económico, o técnico, lo único que hacía grande a una Nación. Ortega palpaba precisamente desde La Nación el autismo del macho prepotente luciendo galas, toros en la Rural y las últimas maquinarias de la Argentina factoría. Con voz alerta y austera Ortega profetiza que la riqueza no es eterna.

Estas observaciones de Ortega respecto de las dificultades argentinas concluyen, años más tarde (1929, "El Hombre a la Defensiva"), en un análisis del carácter argentino nada alentador. Dirigido, sobre todo, a los sectores más afines con los juicios del celtíbero, los jóvenes. De la lectura de los artículos que le llegan desde aquí concluye que los sudamericanos se conmueven con cualquier idea recibida del viejo continente. Y, a la hora de juzgarla, valorarla y oponerla a otras teorías, les faltaba el análisis certero. No los encuentra en esta etapa de su historia, ni seguros de sí mismos, ni disciplinados, ni originales. En ésta radiografía se perfila el gran drama de la improvisación del alma argentina que cree poder conquistar sin esfuerzo lo que otros pueblos consiguen con

dedicación y responsabilidad intelectual ejercida. Mientras esto no varíe y la ciencia no avance “dependerán ustedes íntegramente de Europa en el orden intelectual”. Su receta para los jóvenes será la de completar las magníficas potencias con una rigurosa disciplina interior que no se manifiesta en sus intentos de reformar grandes causas como la Sociedad, la Universidad, el Universo. Si previamente no reforman su intimidad, esas reconstrucciones no serán posibles o viables, y en esto Ortega se muestra irreductible ante los jóvenes.

Segundo caso.

En ésta oportunidad abordaremos el tema de las relaciones vida-cultura. Ortega sostuvo un cambio en el sentido que la educación debía adquirir. Punto relevante por cuanto era el medio idóneo para implantar la única solución de los graves problemas que aquejaban, como vimos, a España y Argentina. Y aquí nos detendremos un segundo, Ortega requería la entrada de España a Europa, pero conforme transcurra la segunda década del siglo XX, ira advirtiendo que la *rebelión de las masas* se trataba de un fenómeno extensivo al resto del continente europeo tras la altas cumbres. Corrimiento de guía que en más de una ocasión se ha omitido. Ausencia injustificada puesto que Ortega, como cualquier sujeto, ha de cambiar sus opciones conforme la historia trastoque las circunstancias de cada nación en horizonte tan ensanchado como el occidental. Lo cierto es que Europa no podía ser, en lo inmediato, respuesta a las dificultades ibéricas. Será entonces la Argentina, desde la cátedra de La Nación, el único sitio en que, de momento, Ortega podrá ejercer la pedagogía social para promover un cambio sin tener como norte la vieja Europa. Es tema escabroso, Ortega no es claro al respecto. De una parte Ortega denunció en 1924 la arrogancia del europeo, su acritud y resentimiento interpretando vidas ajenas fuera de su horizonte vital. Pero tampoco admitió el reemplazo de la cultura de occidente por la ingenuidad americana. Sus desafíos tenían un techo. Si le confesó al argentino la desmoralización europea, decadencia europea que incluso lo llevo a declarar al viejo continente en estado de inanición. También se resistió a que el americano declare con desparpajo, y egocéntricamente, su muerte. Podemos decir, como expresó Marta M.

Campomar (7), que del fino análisis historicista que Ortega realiza de la Argentina y su circunstancia, estaría orientándola hacia su destino americanista, no hacía el europeo. Su identidad vital estaría inexorablemente unida al porvenir americano, con más o menos agrado del argentino. Y que dicho destino llevaba en sus espaldas la doctrina Monroe, realidad sólida y pesada como su pasado Indoamericano y colonial.

Retomemos entonces el cambio que la educación debía adquirir como medio idóneo de transformación de las realidades hispánicas y americanas. No se trataba de enseñar para adaptarse al medio sino para la vida creadora. La cultura –que “no es hija del trabajo sino del deporte” (8)- y la vida han entrado en conflicto. Ortega plantea la cuestión en la obra *El tema de nuestro tiempo*, 1923; confrontando con el culturalismo y tomando partido por la vida. Tampoco en dicho punto el madrileño abría surcos originales: “La integración entre cultura y vida que Ortega postula en *El tema de nuestro tiempo*, era lo más nuevo y discutido por aquel entonces en las aulas y en las revistas de Alemania”. Lo que ocurre es que en España no tenían noticias de la producción alemana sobre tal problema y por ello era allí novedad. Morón documenta perfectamente esta tesis. Hacia 1912 la revista *Logos* publica diecisiete artículos y siete de ellos tienen en su título la palabra cultura o la palabra vida. Entre ellos está el de Simmel: “El concepto y la tragedia de la cultura”. Las ideas fueron recogidas por el pensador berlinés en su libro *Lebensanschauung*, de 1918, de éste libro hay citas explícitas en *El tema de nuestro tiempo*. Además está ampliamente documentada la influencia de Simmel y de Nietzsche en dicho texto de Ortega: en ello coinciden Morón, Orringer, Cerezo, Ferrater y Walgrave.

El Tema de nuestro tiempo se resume en que debemos sustituir la razón pura por la razón vital, pues no nos sirven los modelos anteriores. Ni el racionalismo –Descartes- ni el relativismo explican convenientemente la verdad primera. El relativismo porque en el fondo defiende posturas escépticas que son contradictorias en sí mismas; el racionalismo porque en un intento de salvar la verdad pierde completamente la vida, resultando ser antihistórico. La razón es una función vital y, a su vez, la vida no puede existir plenamente sin la razón, sin el concepto. Grita Ortega: “Contracultura, lealtad, espontaneidad, vitalidad” (9).

El otro punto importante a destacar en esta sección es un concepto sociológico prioritario: el concepto de las generaciones. “La generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia y, por decirlo así, el gozne sobre el que ésta ejecuta sus movimientos” (10). Sin él no habría posibilidad de explicar los cambios de sensibilidad vital que se producen en la historia, y tampoco se entenderían las relaciones entre minorías y masas. En cuanto a ello agregaremos por último. Para Ortega el hombre europeo está desorientado porque el sistema de valores que había heredado del siglo XIX ha perdido vigor y atracción. Ya no le sirve el modelo cultural; la manera de entender el trabajo que existía en el pasado siglo, el esfuerzo no debe nacer de la imposición sino de las fuerzas explosivas que brotan de la vida; no le sirve la política depresiva hecha hasta 1900, etc. En fin, no es que todo lo anterior deba desaparecer, no es que todos los logros culturales deban ser derrumbados. Lo que ocurre es que la nueva generación aporta un punto de vista nuevo que produce un cambio de rango en los valores culturales dominantes.

Concluamos indicando en cuanto a las influencias alemanas en este punto que Orringer ha demostrado las estrechas vinculaciones entre la concepción orteguiana de “vida” y lo que Cohen entiende por “idea”. Orringer piensa que Ortega asume una serie de postulados filosóficos de Cohen –y, por tanto, de Kant- dándole un fundamento nuevo: la idea de la vida como problema, que es eso, en el fondo, lo que representa Adán. Esta idea de vida como problema, como esfuerzo, lo aprende Ortega de Cohen. Anotemos, sin embargo, la diferencia que distingue a Ortega. Comienza a perfilar su concepto de vida no en términos de vida de cualquier ente, de vida genérica, sino en el sentido de la existencia humana individual.

Ahora bien, cómo se expresan dichas visiones –razón vital e idea de las generaciones- sobre España en la circunstancia Argentina. Adelantamos la respuesta, se reitera la matriz de análisis surgida de, y para, los celtíberos al momento de vislumbrar la realidad de los argentinos. Veámoslo.

Para 1924 Ortega expresa en La Nación el nacimiento de una nueva generación tan divergente de las anteriores que toda inteligencia entre ellas se vuelve quimera. Ortega explica: “Entonces aparece a la intemperie lo que en las épocas de antedichas queda oculto. A una idea de ayer no sigue hoy otra

idea concreta más o menos heredada de aquella, sino un estado de espíritu puramente formal, aun no concentrado en doctrinas, normas, imperativos". Y añade: "Hoy presenciamos con ejemplar claridad este fenómeno. La Nueva generación es incompatible con el repertorio de creencias y apetitos que constituya la normalidad precedente. Pero al mismo tiempo la nueva generación no posee aun ni siquiera un esquema, un repertorio distinto que oponer al antiguo. Esta vez los jóvenes se han adelantado a sí mismos y viven de un peligroso crédito que a sí mismo se han abierto. Entre tanto los viejos no perciben de ella sino negaciones". Sin embargo Ortega fogonea el rupturismo radical de los jóvenes, que aceptando en parte la propuesta de una nueva sensibilidad, cortan bruscamente con el pasado y las viejas generaciones académicas. La misma Reforma Universitaria del "18 alentó a los jóvenes a adoptar una actitud de desafío, sobre todo contra el sector positivismo de las universidades, el que Ortega no se cansaba de hostigar. Los habría declarado en más de una ocasión, pasados de moda. No se trataba de un desprecio hacia el quehacer científico sino que no se tomaran en cuenta otros factores vitales y se confundieran las ciencias físicas con la filosofía, en detrimento de esta última.

No ocultaba Ortega su aversión hacia el siglo XIX, instigando a los jóvenes a romper amarras drásticamente con ese círculo histórico. Debían lanzarse hacía rutas desconocidas cortando con hábitos y resortes mentales de las seducciones tradicionales. Les exigía romper con la segunda mitad del siglo XIX, con ese período en que Argentina se embarco en una trayectoria de prosperidad económica que le condujo a su destino como Nación pujante en el comercio internacional. Ortega percibía a los argentinos saliendo gradualmente de la década colonial, insertándose cultural y socialmente al mundo europeo con quien comerciaba, equiparándose técnicamente y gozando de su cultura afrancesada. En fin, se trataba de instigar un proceso de cuestionamiento a mitos sagrados, no por desconocer el poder de los mitos y las creencias, incluso las religiosas, en los pueblos. La acción consistía, antes bien, en movilizar las mentes de viejas y nuevas generaciones "progresistas" de corte laicista, debatiendo su lugar en la historia continental, buscando raíces nacionales entre mitos falseados por su propia retórica nacionalista.

Exigiéndoles Ortega a los argentinos el rigor de un criterio histórico más sólido y ajustado a la realidad.

Expuesto “algo” en cuanto a la idea de las generaciones, veamos ahora cómo se trasladó a la Argentina la visión de una razón vital. Ortega aprovecha cada ocasión que puede para dejar caer la simiente de su filosofía vitalista. En época en que los viejos como Juan B. Terán o José Ingenieros se quejaban de la intolerancia y desorientación de los jóvenes. Éstos, a su vez, se quejaban del anquilosamiento de los viejos. Y en medio de esa contienda generacional Ortega bregaba por el surgimiento de una nueva sensibilidad vital estimulada a romper con el positivismo filosófico, el cientificismo triste de laboratorios, el romanticismo utópico y el utilitarismo darwinista universitario. Se encontraba cuestionada incluso la muy venerada generación del 80 que habría logrado el progreso económico del país, quitándole al desarrollo nacional su cuota de espiritualidad y altruismo. No fue, sin embargo, una docencia la de Ortega sin confusiones y fuertes conflictos, cuestiones que no trataremos en éste trabajo.

Justicia social, libertades públicas, soberanía popular, Estado centralizador, eran cuestiones pendientes por resolver que capturaban la mente intranquila del auditorio juvenil. Una nueva forma de concebir el arte desarrollaría, según Ortega, nuevas sensibilidades en todos los países occidentales, produciendo un arte –música, pintura y poesía- que ponga fuera de sí a los hombres de las generaciones anteriores. Este viraje de sensibilidades propuesto por Ortega se traduce en un nuevo modo de sentir la existencia, con un sentido festival y deportivo de la vida. La prédica vitalista de Ortega insistirá en el rechazo a la bruma de la vida, equilibrando en un justo medio la responsabilidad de vivir y de hacer ciencia con la liviandad de jugar. Y el deporte, dentro de estas pretensiones, jugaría un papel determinante: tiene del vivir el riguroso esfuerzo y tiene del jugar el albedrío con que se emprende. Se trata, en el imaginario de Ortega, de una combinación del esfuerzo disciplinado con la alegría, limpieza y despreocupación del deportista. La razón vital que desarrolla Ortega en los años 20 como alternativa a los tiempos victorianos repletos de puritanismo y jesuitismos indeseados implicó: sentido deportivo de la vida, erotismo y sensualismo de los sexos, beligerancia del joven y el amor como estructura social. Y todo ello lo transmitió el madrileño al auditorio joven y universitario de la República Argentina, incitando la rebeldía,

el amor con libertad, el impulso del deseo, el arte sin fronteras y convenciones falsas. Había que romper con las formalidades e hipocresías escolásticas en las que él mismo había crecido. La “envergadura” sacerdotal con que se untaba a la política, religión, arte, ciencia o cultura académica debía ser desterrada. Los años veinte representaron para Ortega la ruptura con aquellos aspectos de épocas pretéritas que impedían o dificultaban la plenitud del ser, la apertura de la conciencia humana a todas las posibilidades creativas. Sabemos, sin embargo, que los años veinte dieron pasó a otras experiencias, en no pocas ocasiones frustrantes, que implicaron “otro” Ortega. Con más batallas perdidas si se quiere.

De las negaciones y “exigencias” de Ortega.

En esta anteúltima sección trataremos de las renunciadas de ciertos mecanismos útiles y necesarios para las transiciones y acuerdos políticos a veces imperativos en escenarios tan dilatados y complejos como los nacionales. Y, a un tiempo, las dilatadas “exigencias” que Ortega propuso a los jóvenes argentinos que, a la sazón, resultaron “excesivas”. Por lo motivos expuestos al inicio del trabajo y, esto lo decimos ahora, porque esa forma de encarar el estudio social hizo mella en nación tan joven como la nuestra.

Es la generación de Ortega y Gasset una generación que podríamos llamar de “oratoria parlamentaria”, tajantemente opuesta a la anterior, del “98. Con todo sus desdén por el sonido de las palabras. Ortega define su propia aspiración intelectual en tanto político como orador con objetivos que trascienden la escena inmediata. No debemos olvidar que ésta generación deseaba cambiar la forma de vida nacional e intentaba acercarse a grupos sociales muy diversos. Habiendo en España dos medios para ello: el periódico y la conferencia o discurso. Y a ellos dedicara gran parte del tiempo y energía. La propia formación humanística y religiosa de esos hombres tuvo mucho que ver, con ejercicios de oratoria y argumentación.

La II República ofrece para 1931 un hecho inédito en España, tratase de un gobierno que gobierna con el Parlamento, elegido mediante una consulta verdaderamente libre y “universal” a la nación española. Pero no se trataba de una supremacía absoluta del Parlamento (como quizás hubiese deseado

Ortega), sostener ello implicaría una tesis jacobina o ultrarreaccionaria. Antes bien, se trataba de un régimen nada “geométrico” que tuviese elementos adecuados para la transacción y el acuerdo entre grupos muy diversos y opuestos. Frente a ello, los hombres del “14 decidieron renunciar a ciertos mecanismos que pudieron servir para la transacción y el acuerdo. Tratase de un odio literal a los pasillos –“los infectos pasillos parlamentarios”- porque creen que las maniobras en ellos falsifican o destruyen el “juego limpio” de las contiendas visibles en el salón de sesiones. Odian también a los “comités” de partidos. Representaban desde su mirada, la vieja política. Esto muestra la relativa falta de experiencia política de algunos hombres del “14, puesto que “manejar” a los múltiples y poderosos pequeños caciques parlamentarios (urbanos y regionales) implicaba el trabajo de “pequeña política” de pasillos y comités.

En fin, los escritos políticos de Ramón Pérez de Ayala muestran cabalmente éste punto. Y lo mismo ocurre con los escritos que analizan la actuación de Manuel Azaña.

Concluamos diciendo que, quizás, los liberales eran mucho más centralistas de lo que puede suponerse, incluso de lo que pudo suponer, en “su” momento, el mismo Azaña. El mundo legal de los fueros locales y regionales era, para el liberalismo, un residuo medieval a eliminar.

Así, de una parte, tenemos a un Ortega que no es capaz de adherir a las prácticas políticas más habituales para lograr cierto nivel de gobernabilidad. Ni para España, ni para la Argentina. De otra parte tenemos a un Ortega que se refirió, en más de una ocasión, a los jóvenes argentinos como lo hizo en 1924 en La Nación bajo los siguientes términos: recomendó a los estudiantes de filosofía un diálogo abierto, menos agresividad destructiva hacia el prójimo y más dialéctica con colaboración. En Buenos Aires “nadie se otorga el lujo de comprender a otro y, partiendo de esa comprensión, tal vez rebatirle”. Este riesgo de ser el centro de propio mundo era una característica narcisistas que, según Ortega, lo compartía el intelecto hispanoamericano en general. Llegando a decir que sería la ruina de la Argentina. En efecto, las normas de civilidad le impidieron a Ortega, en no pocas ocasiones, visualizar que la práctica política real implicaba, mal que le pese, ejercicios de poder, demostraciones de imprudencia y proclamas políticas de fácil transmisión y dudosa veracidad. En

este punto deseaba una modificación que, en los hechos, no aconteció en la mayor parte de las realidades republicanas de occidente. Supuso o eligió, en definitiva, que tamaña dificultad de la práctica real de la política era modificable desde la “exigencia” en el ámbito de la cultura.

En cuanto a las “exigencias” que Ortega fue volcando en las páginas de La Nación durante los años “20, algunas fueron:

- Criterio preciso - inteligencia alerta – pensamiento estratégico.
- Ideal ético – honestidad – nuevos valores reformistas.
- Nueva sensibilidad – razón vital.
- Dialogo abierto – menor agresividad – colaboración - comprensión.
- Conciencia pública – reforma moral.
- Ejercicio del historicismo etnográfico – antropología filosófica.
- Fin del narcisismo.
- Aversión al sistema monárquico.
- Aversión al romanticismo francés.
- Aversión al liberalismo parlamentario.
- Aversión al darwinismo académico.
- Aversión al cientificismo utilitario.
- Aversión a la burguesía positivista.
- Aversión a la doctrina Monroe.
- Aversión a la técnica y confort del norteamericano.
- Romper con la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX.
- Oposición a las generaciones pretéritas.
- Laicismo.
- Rebeldía.

Dicha exposición nos da alguna magnitud de las dificultades por las que habría de pasar la pedagogía orteguiana. Se trataba de una reforma que, en el mejor de los casos, hubiese alcanzado con integridad a una fracción reducida de jóvenes argentinos. Exigencias que, por lo demás, no aseguraban la resolución de conflictos específicos vinculados, por dar un ejemplo, al crecimiento de las economías del interior de la Argentina que, aun hoy, se vuelven imprescindibles para lograr el desarrollo social del país.

Consideraciones finales.

Ortega represento, por lo expuesto, un puente de finísimo intelecto y sensibilidad entre la Alemania del viejo mundo y la Argentina del nuevo. Sin Ortega la Argentina hubiese carecido de un vínculo casi directo con el más excelso conocimiento psicológico, filosófico y sociológico que entonces generaban los terruños próximos al Rin. Fue capaz de hacer de la cultura el ámbito por excelencia de estudio desde donde advertir las realidades nacionales. Sin embargo su formación, profesión y aptitud le impidió (o no tuvo intenciones al menos de) abrirse al estudio pormenorizado de cuestiones menos pretensiosas a los ojos de lectores que no necesariamente aspiraban a ser doctos en filosofía. Las ingentes poblaciones de nacionalidades como la nuestra no proceden en función de la pedagogía expuesta por un hombre, mas allá o acá de la idea de que las minorías juegan un papel fundamental en la organización social. Cuestiones fiscales, agrícolas, monetarias, urbanistas, partidarias, etc. escaparon a los ojos de un Ortega convencido, en la segunda década del siglo veinte, que la cultura era el arca desde donde podrían resolverse los infortunios que al siglo XX aquejaban y acechaban. La matriz de análisis que lo formo y aquella que creo, fue siempre, el menos durante los veinte, el marco desde donde pudo y quiso comprender. España y Argentina (o viceversa) no eran lo mismo y, sin embargo, la identificación de problemas y resoluciones fue muy similar. Los problemas del mundo han sido visto por Ortega desde el hombre, como sujeto particular y participe de la circunstancia, queremos decir, mas allá del relativismo cultural que pudo ejercer, lo cierto es que, dentro del marco de occidente, el problema era el hombre. Y, todo lo demás, epifenómenos de aquel. Gloria y fracaso de la vida del madrileño.

Argentina, por lo demás, fue un terruño amigo de Ortega. Tan es así que aun hoy puede vislumbrarse, en hombres y mujeres de la actualidad periodística sobre todo, los rayos de luz que la docencia de Ortega, desde la cátedra de La Nación, supo inculcar.

Así las cosas, concluyamos diciendo que en Ortega no es de menor importancia las cosas que no dice. Su nivel de excelsa generalización argumental es preciso, en muchos casos, para advertir la dificultad. Pero insuficiente para señalar el correcto camino de la resolución. A que negarlo,

Ortega ejerció, la más de las veces, la Ontología. Y, justamente, su obra encierra una riqueza enorme en cuanto al ser y sus propiedades trascendentales. No exijámosle respuestas que, aunque haya sido su deseo, en no pocos casos, no podía dar.

Citas bibliográficas.

1- Cerezo Galán, P. *La voluntad de aventura. Aproximamiento crítico al pensamiento de Ortega y Gasset*, Barcelona, Ariel, 1984, p. 16

2- Laín Entralgo, P., *La generación del noventa y ocho*, Madrid, Espasa-Calpe, 1963, 5ta. Ed., Austral. El binomio España-Europa aparece constantemente en las abundantes citas que Laín intercala.

3- O.C., II, p. 290

4- O.C., I, p. 513

5- Orringer, N. R., "*Ortega, discípulo rebelde. Hacia una nueva historia de sus ideas*", Teorema, Vol. XIII/3-4, Madrid, Ed. de la Universidad Complutense, 1983, p. 553

6- Osés Gorraiz Jesús María, *La Sociología en Ortega y Gasset.*, Anthropos, 1989, Barcelona, p. 65

7- Marta M. Campomar, *Ortega y Gasset en La Nación*, Ed. El Elefante Blanco., Septiembre de 2003. Argentina, p. 71-72

8- O.C., II, p. 302

9- O.C. III, p. 170

10- O.C. III, p. 147